

POESÍA

El humo de los sueños

Miguel Argaya publica 'Práctica del amor platónico'

José Antonio Sáez

Miguel Argaya (Valencia, 1960) es autor de los libros *Luces de gálibo* (1990), *Geometría de las cosas irregulares* (1992), *Carta triste a Jorge* (1993), *Curso, caudal y fuentes del Omarambo* (1997), su poemario más ambicioso al decir de la crítica literaria, *Laberinto de derrotas y derivas* (1999), *Pregón de trascendencias* (2000) y *La Ciudad El Deshielo La Palabra* (2007), además de dos plaquettes publicadas en la década de los ochenta. Con *práctica del amor platónico* (2017) viene a profundizar en una poesía reflexiva que bucea en problemas existenciales, tales como el paso del tiempo o el sentido de la vida desde el ángulo del naufragio y la derrota que toda vida humana supone, tanto por el desgaste en el ejercicio de vivir como por los sueños que nunca llegaron a realizarse. Parejo a ellos es el tema del desencanto. La trayectoria poética de Miguel Argaya viene a ser la de un francotirador que no sigue otra escuela ni otra moda que la tradición, en la cual bucea y de la cual aprende en alas a labrarse un estilo tan personal como concienzudo. Tradición y renovación, conciencia de las raíces y originalidad dan alas a una poesía extraordinariamente elaborada, con la minuciosidad y el rigor del orfebre.



Miguel Argaya.

Con prólogo de Luis Alberto de Cuenca y un epílogo de Jaime Olmedo Ramos, el libro está dividido en seis partes. Por la primera «Vidas cruzadas», compuesto por doce poemas en los que utiliza el alejandrino y su dulce musicalidad que recuerdan al vaivén de las olas, aparecen cuatro nombres de personajes: Fernando Minglietta, Gabriel Viseu, Dante Guzmán y Gabriel Guzmán. El lector puede interpretar estos textos desde el punto de vista del puro juego o la simple ensoñación, pues no parece sino que pretendiesen emular a una poesía esencialmente narrativa y descriptiva, propia del estilo de García Márquez u otros narradores del boom, a la par que pudiera tratarse una poesía de heterónimos, tal la de Pessoa. Todo ello,

ignoro si con ánimo de crítica. En «Años colaterales», que consta de nueve textos, despliega una gran variedad formal y temática que va desde el soneto y el yugo de la humana temporalidad, al eneasílabo («Odiseo a orillas del Aquerusia», dedicado a su padre, «en la parte alta de su huerto fecundo en vides»); el endecasílabo e incluso, nuevamente, el alejandrino. No parece que lo más lacerante para los seres humanos sea el paso del tiempo en sí mismo,



'Práctica del amor platónico'. Autor: Miguel Argaya. Prólogo de Luis Alberto de Cuenca. Editorial: Devenir. Madrid, 2017.

sino las personas y los sueños que nos va arrebatando o que vamos dejando atrás en el camino. Cantamos, en efecto, lo que hemos perdido, como diría Antonio Machado. Es el paso del tiempo lo que nos hace caer en la cuenta de que los sueños parecen inalcanzables y de que nuestros intentos por acceder a ellos, por hacerlos realizables resultan infructuosos. Y es también la conciencia de la imposibilidad de alcanzar los sueños lo que nos hace entrar en conflicto con la existencia y con nosotros mismos mientras no lo asumimos. Por otro lado, la religiosidad y la preocupación por España son también temas de textos en los que el poeta alcanza un alto grado de lirismo y perfección formal. «Las horas» consta de ocho poemas a los que no es ajeno cierto sentido de trascendencia y, por tanto, de finitud y eternidad. La concepción de la vida como lucha agónica y la defenestración del superhombre que quedó atrás, destronado por la conciencia de su propia vulnerabilidad a que da paso el tiempo con su desposesión, así como la afirmación en la fe y en las creencias religiosas que no decepcionan son los temas esenciales.

Al llegar a «Los límites», los poemas se despojan de versos para quedar en la esencialidad del desnudo, en la dimensión conceptual que los asiste y nos deparan en el molde del endecasílabo. Son nueve textos, alguno de solo

dos versos. Se trata de una poesía fragmentaria, porque de fragmentos definitorios se trata sobre la certeza, el dolor, el tiempo, el beso, la memoria, el miedo o el ruido. De ocho textos consta «Los mapas», en un poeta tan amigo de viajes y geografías aventureras, los cuales gozan de una cierta heterogeneidad temática, que va desde lo estrictamente geográfico a lo religioso, pasando por lo familiar a lo estrictamente metafórico.

Y en llegando al final, la última parte del libro es «La vida contemplada», con ocho textos de hondo calado humano y reflexivo en donde el poeta desea dejar un testimonio de hondura, sinceridad y autenticidad, de sus señas de identidad y sus raíces, no sin cierta melancolía, pero con la crudeza del pelícano que abre su pecho para dar de beber su sangre a sus hijos en tiempos de extrema sequía. Una honda y desgarrada verdad que desdeña todo fingimiento y que desea dejar en herencia a sus hijas, a cuya inocencia soñadora mira con amor y cierto dolor trascendido. A esta última parte corresponden los poemas «No quieres una flor», en el que dice: «No quieres una flor: 'Hazme un poema', dices, / 'una verdad que dure más allá de su aroma', / como si un verso fuera más hondo de una rosa, / más hondo, por ejemplo, que el calor de un abrazo». Y también el poema que da título al libro, «Práctica del amor platónico», donde manifiesta la necesidad esperanzada de hacer compatibles los sueños con la realidad, algo que no viene sino con la madurez existencial, con una sabiduría no aprendida pero que proporciona sosiego al corazón, luz a los ojos.

POESÍA

Al cabo de los años

Manuel Gahete

En la portada de la nueva obra de Francisco Alemán, *El eco del bambú*, puede leerse que se trata de «un poemario tan insólito como fascinante». Sea quien sea el que haya tenido la idea de acotar con estas palabras, autor y título conoce perfectamente la personalidad poética de nuestro escritor canario afincado en Córdoba hace mucho, lo que no me priva de recordar con precisión cuándo y cómo se presentaba en la sede de la Delegación de Cultura de la Junta de Andalucía aquel original *Trazos del aire* (Córdoba, Anna Livia, 2003) ni la pasión de aquel profesor titular de Derecho, hoy catedrático acreditado, al revelarnos todo el universo poético que fluía en sus venas tan particular e indómito.

Siempre me he referido a la concepción poética de Alemán como el territorio de la polipoesía, proclive a Polimnia, de la que podría declararse amador y siervo; un es-

tado de realidades latentes donde todo es posible, desde la acritud más descarnada por el mundo hasta la más surrealista sublimación del intelecto.

Porque Francisco Alemán no conoce límites o, conociéndolos, renuncia a ellos deliberadamente. Prosa, verso, caligramas, dígitos, fotografía, declamación, música quedan supeditados a su imaginación desbordante, a su deseo desmesurado de participar al mundo una obsesión humana de libertad, encuentro y rompimiento de fronteras.

Todo para quebrar la rutina, el tedio que engendra agnosias y náuseas. Y esta deliberación reflexiva, que produce en el lector incluso vértigo, nos obliga a sentir intelectivamente, a pensar sensorialmente, subvirtiendo el código aristotélico de que nada está en el intelecto que no haya pasado antes por los sentidos. Pero para llegar a esta virtualidad de la materia, a esta condonación de la palabra, es necesario haber seguido senderos oxidados, interpretado claves poco inteligibles, imaginado espacios peregrinos, interiorizado el

dolor o el amor que supone vivir siempre al borde del abismo.

No es fácil adecuar palabra y pensamiento. Significa acrisolar lo anecdótico para dejar fluir solo lo sincrético, eludir el reiterado tópico, reinventar el proverbio, crear sobre lo recreado como si nunca hubiera existido. Leemos tantas obviedades, tanto eco estéril, tanta voz manida que finalmente el poema acaba por desautorizar la poesía.

Pero lo peor de esto es que preferimos escuchar a quien nos refrenda sin aportarnos nada, al que no provoca desazón o aspereza, a aquel que no nos obliga a realizar un proceloso proceso de indagación o exégesis. Sin embargo, olvidense los posibles lectores de que van a encontrarse en Francisco Alemán a un creador de este estilo. Nada más lejano a la realidad porque nuestro escritor viene pleno y pergeñado de conocimiento mítico, de ardor caballeresco, de visiones humorales, de retos lexicográficos («palabras nunca nombradas»), de historias proteicas e imposibles.

Porque además en su palabra vibra la

ascendencia telúrica, el cincel de una tierra nacida del fuego que forja los sueños y bruñe las emociones; un exacerbado primitivismo que nos devuelve la fertilidad y la ingenuidad sin engañarnos con los alardes rusonianos de la bondad humana; un aroma, no sé si estuoso o álgido, donde, bajo el árbol Garoé, se concitan maguadas, endechas, guañamenes, alquimia, conjuras, foles, guayottas, magades, pócimas y savias seculares.

Hombre árbol, hombre bosque, Francisco Alemán se aleja de toda idea premeditada para sumergirnos en su sensorial universo, catártico, mágico, inaudito, desconstruido más que construido, ensoñado sobre lo soñado y no por ello menos doloroso o gozoso.... ¿quién sabe? Si se atreven a averiguar lo que plantea este antónimo interrogante, prepárense para el reencuentro al cabo de los años.



'El eco del bambú'. Autor: Francisco Alemán. Editorial: Berenice. Córdoba, 2018.